

Reseña

Eduardo Muslip. Dicionarios. Pequeño ensayo ilustrado. Objetos Personales: Buenos Aires, 2025, 108 pp.

Elogio de la atención

Julieta Yelin¹

Escribe Simone Weil que la atención es una forma de suspensión del pensamiento que mantiene próximos, pero en un nivel inferior y sin contacto con él, los diversos conocimientos adquiridos que deban ser utilizados. Insiste en que lo más importante es que la mente esté “vacía, a la espera, sin buscar nada, pero dispuesta a recibir en su verdad desnuda el objeto que va a penetrar en ella” (71).

Sabemos que Weil era una de las filósofas preferidas de Hebe Uhart, maestra y amiga de Eduardo. En varias de las clases y ensayos que él y Pía Bouzas recogieron en *Una pequeña parte del universo* Hebe recupera —y moldea— algunas ideas de la filósofa para referirse al trabajo literario. Me parece que la más importante es la de *atención*, porque explica esa singular

¹ **Julieta Yelin** es Dra. en Humanidades por la UNR. Es docente del Taller de Escritura I en la Facultad de Humanidades y Artes (UNR) e Investigadora Independiente del CONICET. Publicó *Biopoéticas para las biopolíticas. El pensamiento literario latinoamericano ante la cuestión animal* (LARC, 2020) y *La letra salvaje. Ensayos sobre literatura y animalidad* (Beatriz Viterbo, 2015). Editó, en colaboración con Rafael Arce, *Literatura y posthumanismos. Perspectivas desde América Latina* (IECH Ediciones y Ediciones UNL, 2026); con Judith Podlubne, 2021. *Veinte ensayos sobre literatura y vida en el siglo XXI* (CELA, CETyCLI y EMR, 2021); y en colaboración con Elisa Martínez Salazar, *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana* (PUZ, 2013). Contacto: julietayelin@gmail.com

forma que tienen los escritores de entrar en contacto con las cosas, dejando en suspenso la experiencia previa de ellas.

En *Diccionarios. Pequeño ensayo ilustrado*, el diccionario, ese género un poco anquilosado, se nos aparece como algo nuevo y extrañamente vivo. ¿Cómo se consigue ese prodigio?

Diría que la primera clave de lectura puede ser justamente esa: la de la atención. Eduardo mira de cerca y con detenimiento. Los libros apilados en un estante, su tamaño, color y textura; las imágenes y las palabras que encuentra en ellos, también las que pronuncian sus amigas y colegas, los rumores que circulan en el medio académico argentino y norteamericano. Y siempre, siempre, aparece algo impensado: una relación que ilumina un camino, una imagen que se multiplica como en un caleidoscopio. Las palabras se vuelven bichos y los lingüistas, entomólogos; el cuerpo robusto de un diccionario remeda el de un dios griego o el de alguien deseado. Nacen personajes. Comparecen ante nosotros, por ejemplo, los autores de los diccionarios —ese género que, para resultar convincente, debe rechazar la idea de autoría: como si se tratara de un texto que ya flotaba en el aire, que existía antes de ser escrito—. Al comienzo del libro se nos cuenta la historia de dos de estos escritores: el torturado Pierre Larousse y María Moliner, una mujer que Eduardo imagina “firme, estable, longeva” (18). Dos modelos de trabajo con el lenguaje: ella, ordenada y sistemática, redacta las entradas después de su jornada laboral. No padece, solo hace muy bien lo que tiene que hacer. Larousse también lo hace con esmero, pero padece la exigencia hasta el punto de morir de un “*surmenage*”, que Eduardo describe como un “problema cerebral por exceso de trabajo” (18). ¿Se puede morir por exceso de trabajo? Eduardo aclara que, aunque se identifique más con este último, tal no será su caso.

Y en este pequeño cuento empieza a operar el segundo movimiento del libro, que es el de la fantasía. Porque, creo yo, la atención es para Eduardo el puntapié inicial de todo fantaseo: mirar fijamente algo para olvidar lo que se sabe y poder inventarlo. Todo relato parte así de una observación concentrada y casi obsesiva. El escritor mira los diccionarios en el estante, investiga cómo se hicieron, fantasea con las vidas de los autores, los ilustradores, los diseñadores, fantasea con el rol que cumplieron en su propia historia familiar y personal, también con aprender otros idiomas, con vivir afuera, con enamorarse, con transformarse.

La suricata es la imagen que elige para autofigurarse en esos movimientos de la imaginación prospectiva: pequeño, cansado y en constante estado de alerta. Pero la suricata es también un animal que está atento al entorno por su avidez de comunicarse y conocer lo que la rodea. La inteligencia artificial me ofrece esta definición: “Sociables y cooperativas: Viven en grandes grupos organizados, pasan tiempo jugando entre sí y trabajando en equipo para buscar alimento o vigilar, lo que les proporciona una sensación de seguridad y pertenencia.”

En este ensayo-nouvelle, el escritor usa los diccionarios como refugio ante las amenazas del mundo exterior (una buena explicación lo tranquiliza, lo hace sentir a resguardo), pero también se asoma a la calle para mirar y escuchar la palabra pronunciada (el bicho en su medio natural), a la espera de que le den señales de vida... “se puede dudar de la vida de la palabra si uno la conoce por el diccionario” (91), escribe hacia el final del libro. Aunque en muchos momentos el relato se detiene en frustraciones, angustias y decepciones (el lado B de las fantasías), no se escapa al lector que encontrar una palabra viva, o hacerla vivir en la escritura, es una fuente inagotable de alegría. La alegría de la que también habla Hebe en “Simone Weil y los escritores”, cuando argumenta que la pregnancy de los

recuerdos de aquello que se descubrió prestando atención al entorno está indisolublemente asociada al sentimiento de alegría que los envolvió. No es una alegría frívola, ligada a la evasión o el descompromiso, sino, por el contrario, esa fuerza que nos conecta con el mundo: “La alegría no es otra cosa que el sentimiento de la realidad” (257), concluye. La alegría de encontrar la punta del hilo de un relato en las cosas más pequeñas (un diccionario de bolsillo, la ilustración de un paso de cebra o este precioso libro) y con él tejer un sistema de correspondencias que hace más poética, más vivible, nuestra propia vida.

Bibliografía

Uhart, Hebe. “Simone Weil y los escritores”. *Una pequeña parte del universo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2025.

Weil, Simone. “El buen uso de los estudios escolares con vistas al amor de Dios”. *La espera de Dios*. Madrid: Trotta, 2007. 67-74.